



**EL PASAJE DE LOS PANORAMAS**

**UNA VEZ CAMINÉ  
SOBRE LA SUAVE HIERBA  
CAROLINA SCHUTTI**

TRADUCCIÓN DE NÚRIA MOLINES GALARZA



errata naturae

*A mis abuelas*

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2019  
TÍTULO ORIGINAL: *Einmal muss ich über weiches Gras gelaufen sein*



© Otto Müller Verlag, Salzburg, 2012  
© de la traducción, Núria Molines Galarza, 2019  
© Errata naturae editores, 2019  
c/ Alameda, 16  
28014 Madrid  
info@erratanaturae.com  
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-17800-08-6  
DEPÓSITO LEGAL: M-7154-2019  
CÓDIGO BIC: FA  
ILUSTRACIÓN DE PORTADA: © Cecilia Díaz Fernández  
MAQUETACIÓN: Sara Pintado  
IMPRESIÓN: Kadmos  
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,  
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

I  
BÁBUSHKA

*Tú empieza, dijo Maja,  
tantas primeras frases.*

No se dice *bábushka*, sino *matrioshka*, me corrigió mi tía abuela, la única tía de mi padre, a pesar de que no sabía ruso. Tenía toda la razón, pero no la creí. Llevaba toda la vida llamando *bábushka* a mi *bábushka*, agitándola con cuidado, desmontándola y montándola de nuevo, inspeccionando la muñeca más pequeña por si se podía abrir como las otras; por si contenía un mecanismo secreto, ya que me parecía increíble haber llegado a la última.

A menudo, por las noches me quedaba despierta y dejaba vagar la mirada por la habitación. Le había hablado a la gran *bábushka* de cómo era la casa desde fuera, le había hablado del jardín; del pueblo, que había crecido; de la sombra que durante más de la mitad del año cubría gran parte de las casas. Del valle con sus laderas boscosas también le hablé, del cielo de la noche, que se extendía sobre él. Me dio miedo que nadie fuese capaz

de decirme qué había más allá. Pero quizá sólo había que hacer las preguntas adecuadas para que me respondieran. La *bábushka* me miraba con sus grandes ojos y yo la abría y sacaba la muñequita más pequeña, me la colocaba con ternura en la palma de la mano, la mecía de aquí para allá, asombrada de lo mayor que parecía.

Mi *bábushka* se perdió, o eso me hicieron creer, aunque era imposible. Nunca la había sacado a la calle. Tal vez, mi tía había decidido que yo ya estaba crecida para jugar con muñecas y un día la escondió en el desván o la tiró; tal vez le pareció perturbador el murmullo que zumbaba todas las noches en mi habitación. Nunca se lo he preguntado.

Le hablé a Marek de la *bábushka* y me recogió un mechón de pelo tras la oreja y me dio un beso en la frente.

*Moje kochanie*, me susurró, y supe lo que significaba aun cuando no sabía polaco y el bielorruso de mis primeros años se había perdido igual que la *bábushka*.

Marek tenía una casita de madera con un jardín asfaltado. Le daba dinero al viejo Walter para que hiciera de jardinero, pero éste no quitaba más que un par de ramitas. No se podía pasar la guadaña, ya que junto a la valla y alrededor de la casa crecía demasiada maleza, o eso decía Walter cada vez. Dejaba estar las malas hierbas y se compraba aguardiente.

Marek no bebía aguardiente, no bebía nunca. Sin embargo, a veces tenía los ojos rojos, cuando se sentaba junto a la ventana y miraba a lo lejos.

No murieron en orden, como hubiese sido lo natural, me contó Marek una vez, sino primero el tío, luego la abuela, después Micha, su sobrino del alma, que se colgó de un árbol que el abuelo había plantado para el nieto. De la madre y del padre no hablaba nunca, pero todo el mundo sabía lo que había sucedido. A lo que no habían encontrado explicación era a por qué Marek se había mudado de joven justamente a ese pueblo y no había vuelto a casa tras la guerra.

Olvidalo, le dijo Marek, secándose los ojos, olvidalo. Y sin embargo no lo olvidé y le pedí a mi tía que me contara cosas de Marek. El lado de la umbría es malo, respondió ella, y prosiguió diciéndome que a mí eso ni me iba ni me venía. Yo le pregunté por qué había casas ahí si la umbría era tan mala, pero no recibí respuesta.

La nieve vino pronto y se quedó para largo; en lo álgido del verano, a las cuatro ya había que ponerse una rebequita de lana si querías jugar afuera. En el jardín sólo crecía la menta, la manzanilla, el cebollino y el eneldo. La hierba, cuando caminabas descalza, se te clavaba en la planta del pie, por lo que no me hacía una idea de cómo debía de ser una hierba suave. O tal vez sólo lo había olvidado. De pequeña, caminé sobre la suave hierba, creo, una vez al menos, pues, años después, la tía me dio una foto en la

que yo salía con mi madre en un parque. Yo llevaba un vestidito blanco con flores bordadas y un ribete cosido a mano en el cuello. Mi madre me cogía de la mano, se reía mirando a la cámara y no se estuvo quieta para la foto; se le veía el brazo tan desenfocado como la cara. Estábamos descalzas en la hierba, yo parecía confusa, con los ojos como platos, y los labios, una grieta abierta.

Mi tía no quería que yo visitara a Marek, me decía que mejor me fuese a jugar con las demás niñas. A menudo hacía como si me hubiese pasado toda la tarde jugando al pilla pilla y a la goma; de camino a casa, me arrodillaba en el prado y restregaba las manos en la tierra mojada. A veces, cuando tenía tiempo suficiente, me tumbaba sobre la hierba y miraba las nubes, que se teñían de un rojo tirando a rosa; cuando la luz las abandonaba, contemplaba incontables insectos diminutos que poblaban el cielo y ajetreaban el aire.

No es cierto que quisiera metamorfosearme en un insecto y echar a volar, porque no habría llegado lejos. Y tampoco quería ser un animal, aunque a veces me daba por tener una especie preferida y saberlo todo sobre ella.

Fini me preguntó después de la escuela qué animal querría ser y, sin darme tiempo a contestar, añadió que no hacía falta que se lo dijese, que ya lo sabía, un pájaro, claro; o un ángel, para poder volar junto a mi madre. Pero yo no quería volar junto a mi madre, pues bajo tierra hacía frío y había poco espacio, según me había dicho mi tía. Y yo la creí.

Hay diferentes tipos de *bábushkas*. Algunas se parecen hasta en el más mínimo detalle y otras tantas tienen motivos diferentes en el vientre. En cada vientre, una imagen, y se sabe enseguida a qué historia corresponde. La *bábushka* grande contiene todas las historias, como si fuera la cubierta de un libro de cuentos. La imagen más pequeña hay que escudriñarla con calma, ya que, cuando hay suerte, incluso en esa superficie tan diminuta hay un fondo que muestra un bosque o un arroyo o flores. Yo había tenido suerte, mi *bábushka* había sido de las bonitas. Recuerdo todas las imágenes y aún me sé la historia que iba con cada una de ellas, como si ellas mismas se hubiesen traducido sin que yo me diera cuenta.

Marek me pide a menudo que le cuente esas historias. Yo pensaba que igual los cuentos le recordaban a su infancia, porque eran parecidos, pero tal vez lo único que quería era que no los olvidase.

Marek me regalaba chucherías o piedras de colores que yo guardaba bajo una tabla suelta de mi cuarto, aunque cuando salía con mi tía y nos lo cruzábamos, él me saludaba de pasada, apenas sin mirarme, como si yo le fuese indiferente. Sin embargo, por las tardes, cuando iba a su casa, me acariciaba las mejillas, se sentaba frente a mí ante la mesa de madera maciza y bebía té negro con leche y azúcar en un vaso con flores pintadas. Por mí, siempre tenía reservas

de bebidas en la despensa que, normalmente, no me daban. Me alegraba el amarillo o el rojo burbujeante, me sentaba en su regazo, dejaba que me leyese libros o que me contase cuentos; lo escuchaba, emocionada. Su voz tenía una irregularidad en la que sólo yo reparaba, o eso me parecía entonces, un acento que me recordaba a antes, a mucho antes.

Cuando ya fui mayor como para ir en autobús al pueblo de al lado, mi tía me mandaba una vez por semana a hacer la compra. Me daba dos bolsas de tela y, aun después de llevar semanas yendo a hacer recados, antes de salir me obligaba a recitarle las paradas de autobús y los horarios. Nunca se me olvidaba nada y, de vez en cuando, podía comprarme alguna bagatela para mí. Con el tiempo, llegué a conocer todas las tiendas, y cada vez era más rápida haciendo lo que me había mandado, así que me sobraba tiempo para pasear y mirar escaparates. Por aquella época empecé a pensar cada vez más en mi madre. Me colocaba delante de los escaparates de tal manera que mi reflejo encajase, más o menos, con la ropa de los maniqués. A veces lo conseguía, otras no, cuando la ropa estaba demasiado alta. Me imaginaba cómo sería si se reflejase a mi lado el rostro de mi madre, las dos riéndonos entre dientes delante de la vitrina, cogidas de la mano.